



25 de enero de 1891

Sobre la penitencia.

Santa María Eugenia de Jesús

Para vencerse a sí mismas y unirse a Jesucristo crucificado, cuya entrega siempre renovada adoran en nuestros altares, la penitencia les es necesaria.

Queridas hermanas,

En los Oficios de la Iglesia comenzamos ya a ver las señales de penitencia: hemos dejado de decir los Aleluya y esto nos introduce en un espíritu penitencial. ¿Cómo debemos vivirlo interiormente? Aunque todavía no estamos en el tiempo de Cuaresma, la Iglesia ya orienta nuestros pensamientos hacia la penitencia. ¿Qué podemos hacer? No podemos practicar austeridades exteriores: nuestra vida está ya suficientemente cargada por el trabajo de la enseñanza y las ocupaciones, y *eso basta para agotar nuestras fuerzas*, como lo indica la Regla.

Si pudiéramos llevar en nuestro corazón todo lo que dicen las Constituciones, en el capítulo sobre la mortificación, viviríamos en disposiciones excelentes y alcanzaríamos una gran perfección. En este capítulo se dice: *Su vida no les pertenece; debe importarles poco que sea larga o corta, con tal de que esté empleada en el fin querido por Dios.*

Es algo extremadamente exigente; no creo que se pueda decir algo más sobre la actitud interior que deberíamos tener. Sin embargo, quiero decir unas palabras sobre la penitencia, sobre el espíritu de penitencia interior.

Lo primero es el arrepentimiento por las faltas pasadas: Santa Teresa habla mucho de ello, y en sus palabras se percibe que es Dios quien habla y la inspira. Es el *corazón contrito y humillado*¹ que debemos esforzarnos por llevar siempre dentro de nosotros a lo largo de nuestra vida; en el fondo, cuando uno se mira con sinceridad, encuentra muchas razones para ello.

Quien creyera tener en sí toda clase de virtudes y méritos no podría estar sino en la ilusión. No hay actitud que Dios aborrezca tanto: detesta y rechaza la oración del fariseo, y en cambio, el publicano vuelve justificado a su casa². Tal vez no hayamos cometido muchas faltas, pero debemos lamentar todas las que ya hemos cometido, que no son pocas.

¹ Sl 50,19

² Lc 18, 29-14

Si hay una virtud que facilita la vida religiosa, es el espíritu de penitencia. Cuando llegan las dificultades, se aceptan y no hay más que decir. A veces se trata de una contradicción, una humillación, una palabra desagradable; basta muy poco para que nos cueste. No somos valientes y, si se hiere nuestro amor propio, lo sentimos enseguida hasta lo más profundo de nuestro ser. Pero cuando se tiene un corazón humilde y contrito, todo eso pasa pronto: se aceptan las contrariedades, las humillaciones y los sufrimientos en espíritu de penitencia.

Sin embargo, este no es el motivo principal. A mi juicio, el motivo más profundo para aceptar lo que cuesta es el abandono total en manos de Dios, y toda religiosa debe procurar estar dispuesta a todos los acontecimientos que puedan suceder en la vida. Todos moriremos - o casi todos, como decía un santo - y todos pasaremos por la enfermedad. Nadie sabe por qué caminos Dios nos hará salir de esta vida, ni por qué sufrimientos o humillaciones tendremos que pasar. Porque la enfermedad es siempre un estado humillante.

Puede ir acompañada de grandes humillaciones. Y ninguna sabe lo que le tocará vivir.

Miremos a Nuestro Señor: Él eligió para sí lo más duro y aceptó el suplicio de la cruz; Lo más doloroso, Él lo quiso y lo aceptó; en su ciencia infinita conocía el cáliz que debía beber y lo aceptó. Nosotras, en cambio, no sabemos lo que nos espera. Si somos verdaderas religiosas, debemos ponernos en manos de Dios mediante la confianza, la adoración de sus derechos y el amor, que está siempre dispuesto y preparado para querer todo lo Él quiera. El espíritu de penitencia nos ayuda mucho, pero la razón principal es el amor, el abandono y la adoración de los derechos de Dios. Como decía santa Juana Francisca de Chantal a una de sus hermanas, no hace falta ser la cuarta persona de la Trinidad para opinar sobre lo que Dios quiere de nosotras.

El primer motivo es, pues, el amor de Dios y la confianza que debemos tener en su modo de conducirnos; porque, si Dios nos envía pruebas, también nos dará la fuerza para soportarlas. ¿Quién hubiera pensado que la hermana Charlotte-Marie³ tuviera tanta paciencia? Fue duramente probada, pero al mismo tiempo Dios la sostuvo de manera admirable y nunca le faltó la paciencia en pruebas extremadamente crueles. Todo se unía: el sufrimiento, la humillación, los olores desagradables de aquel tratamiento con yodoformo; aceptaba todo eso, dispuesta a todo, siempre entregada. Su cuerpo fue sometido continuamente al dolor y a la humillación, pero Dios la sostuvo y ella aceptó todo con sumisión.

Así como nadie puede vivir la castidad si Dios no se la concede, tampoco nadie puede ser paciente sin ese don. Es preciso reconocer que la paciencia es un don de Dios, que produce en nosotros méritos infinitos y prepara una hermosa recompensa por todo lo que se ha sufrido.

Por eso debemos vivir en abandono en manos de Dios, y el espíritu de penitencia puede ayudarnos siempre en ello. Decirnos habitualmente, ante lo que sucede: «Lo he merecido», es una gran fuerza; «esta humillación, este sufrimiento, lo he merecido». Cada vez que sucede algo, de un modo u otro, después del acto de amor y de abandono, lo que más ayuda es el acto de penitencia y humildad que nos hace reconocer que eso se nos debe con justicia, que Dios nos trata todavía con gran misericordia y que mereceríamos mucho más. Es una gran fortaleza interior y os la deseo.

Os pido, pues, que, a medida que profundicéis en el espíritu de penitencia, lo llevéis a la práctica en cosas muy concretas: aceptadlas, abrazadlas, haced penitencia en ellas. Nuestro Señor os recompensará primero con las alegrías de la Pascua. Vuestra Pascua será más gozosa si habéis hecho más por Dios. Y también seréis recompensadas con un amor más profundo hacia Él y con una unión más íntima, fruto de estar siempre dispuestas a cumplir toda su voluntad.

³ La hermana Charlotte-Marie murió el 25 de diciembre de 1890